



1.º de Enero de 1916

Año VI.—Núm. 13



SUMARIO

Teníamos razón: El arrendamiento del río Moros, por *Diocleciano Llorente*.—Paisajes españoles: Una cacería en tierras de Toledo, por *F. C.*—Cacerías regias.—Los cazadores de provincias: Don Vicente de la Quintana.—Artículo de fe... cinegética, por *Emilio Morales de Acevedo*.—Cazando la perdiz, por el *Dr. Corral y Mairá*.—El Rey en el coto de Oñana, por *Pedro Pidal*.—Biblioteca de caza y pesca.

(No se devuelven los originales.)

TENIAMOS RAZÓN

El arrendamiento del río Moros

Según noticias oficiales, la Asesoría Jurídica del Ministerio de Fomento ha dictaminado de acuerdo con las instancias formuladas por la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España y su sección El Sport de la Pesca, sobre el arrendamiento del río Moros.

Este dictamen viene á darnos la razón y á desmentir aquellos argumentos gratuitos y fantásticos, desprovistos de apoyo legal y que por su candidez no se tuvieron en cuenta para el estudio del asunto.

Si el Ayuntamiento de Madrid—se nos decía—autoriza á un particular para establecer en la Puerta del Sol un puesto de hortalizas, nadie podrá oponerse á esa concesión aunque se intercepte ó interrumpa el tránsito público. Del mismo modo—añadían—, si se concede el arrendamiento de un río en determinada extensión, la concesión será firme é inapelable.

Serenos é imperturbables, nosotros respondíamos á esas peregrinas afirmaciones: «Las ordenanzas municipales declararían nula la concesión de aquel establecimiento de hortalizas y la vigente ley de Pesca anularía todo arrendamiento que no cumpliera los requisitos legales.»

De este modo hubo de entenderlo la Asesoría Jurídica del Ministerio de Fomento, y en ello confiábamos; por eso dejábamos al tiempo que se encargase de demostrarlo.

Nos place hacer constar de una manera patente y ostensible, que nuestra enérgica protesta no iba contra persona determinada, cuyos títulos de caballeridad y nobleza la hicieron siempre digna de los mayores respetos; nuestros propósitos se encaminaban á no consentir, descartando personalismos, que se privase de un legítimo derecho á los pescadores en general, en beneficio de unos cuantos.

Nos congratulamos de nuestra labor, y no pedimos el aplauso porque, aunque los arrendatarios sienten deseos de mostrar su asentimiento, se muestran retraídos; pero el tiempo habrá de encargarse de ponernos de acuerdo á todos los pescadores con

caña, y entonces exteriorizarán sus entusiasmos sin regateos ni recelos. Apartaremos de nuestro lado á aquellos que no deben estar entre nosotros, y formaremos un núcleo de buenos y entusiastas aficionados. Nuestro lema será: Todo por el fomento de la riqueza piscícola y por la reafirmación de nuestros derechos.

El que tiene el honor de trazar estos renglones veló siempre por esa riqueza de nuestros ríos y procuró llevar al convencimiento de todos los pescadores el que la pesca no puede estar vinculada, no puede ser derecho exclusivo de unos cuantos señores adinerados, en perjuicio de los humildes, quienes á veces se ven obligados á seguir otros derroteros, perjudiciales para todos.

Cuando los poderosos no respetan los derechos de los humildes, no pueden exigir á éstos el reconocimiento de los suyos, y mucho menos si no es la ley la que los ampara, sino la facultad del más fuerte. Todos somos iguales ante Dios y ante las leyes: ¿por qué se ha de pretender la desarmonía y la desigualdad?

Mi constante preocupación fué siempre el fomento de las Sociedades de pescadores de Madrid y de provincias, buscando la mayor confraternidad, y si acaso no lo conseguí no fué por miras contrarias al bien general.

Mis afanes fueron la persecución de los infractores, y colaboré con los Ingenieros piscícolas que incesantemente se preocupan de esta riqueza.

Realicé con ellos labor tan patriótica como sana, en bien del Estado y de la afición, y fuí el único que solicitó el precepto del art. 21 de la vigente ley de Pesca. ¿Se puede dudar de mis intenciones?

Siempre creí, y continúo creyendo, que debía imponerse la veda para la trucha, aun con caña, en los ríos y arroyos donde se cría y fomenta esta clase de pesca, y en particular en el río Moros, donde se realizó una repoblación, basada en un arrendamiento, que hubiese sido plausible si se hubiesen dejado aparte los intereses particulares.

Conozco de antiguo al arrendatario ó

delegado del arrendatario, persona dignísima, que honra la afición por su cultura, por sus entusiasmos y por sus sanas ideas. Es un pescador de buena fe, un elemento director que pone muy en alto el buen nombre de las colectividades que regenta. Es, en suma, un perfectísimo caballero, digno de las mayores consideraciones. Sería injusto hacerle culpable de un arrendamiento que tuvo vicios de nulidad. Pensamos y sostenemos que realizó aquel contrato animado de los mejores deseos, creyendo realizar una buena obra.

Insistimos en que nuestra oposición no fué dirigida á él, no fué contra la persona por todos conceptos respetable, sino contra el arrendamiento en general. Así tuve el honor de exponerlo en diversas Juntas y particularmente, y alegué como argumento irrefutable que si bien existen en España varios contratos de esta índole, en ninguno de ellos se prohíbe la pesca con caña. Sólo en el arrendamiento del río Moros se hizo esta prohibición, pero no con carácter general.

Entiendo que el Estado debía expedir una licencia especial para pescar en los ríos donde se crían los salmónidos, cuyas licencias debieran tener doble valor que las ordinarias, y del mismo modo establecer una matrícula para las barcas dedicadas á la pesca en aguas fluviales, poniendo en práctica el proyecto hecho por un Ingeniero Jefe, cuyo estudio y cuyos trabajos son meritísimos.

Estos tributos serían bien acogidos por la afición, siempre que los impusiera el Estado, no los particulares, y fuesen aplicados sus rendimientos al fomento, conservación y guardería de la riqueza piscícola, según previene la ley.

No dejaré la pluma sin hacer constar que cuando desaparezcan estas anomalías, cuando se reparen y se reafirmen nuestros derechos, volverá la unión y la confraternidad entre todos los aficionados á la pesca, y formaremos una magna corporación que garantice el respeto á la ley y el fomento de las especies piscícolas.

Vean nuestros compañeros cómo no se trataba de una animosidad contra nadie,

que no señalábamos personas; la Asesoría Jurídica del Ministerio de Fomento, de innegable competencia, se encargó de demostrar que teníamos razón.

DIOCLECIANO LLORENTE



PAISAJES ESPAÑOLES

Una cacería en tierras de Toledo

Á las cinco menos unos minutos, Luis Antón del Olmet me recoge á las puertas de un café del centro. Viene con un terrible capote, con el estuche de la escopeta pendiendo de los hombros, polainas y la canana llena de cartuchos. Yo no me presento tan perfecto; pero, modestia aparte, he de reconocer que tampoco estoy mal. Y, entonces, se me impone la noción de un deber pavoroso. Hay que traer caza...

¿Será posible? En la tierra gallega donde nací yo, he ido á algunas cacerías. Pero cacerías platónicas á veces y á veces absurdas, en que la caza se encontraba tan sólo á la hora de comer, dentro del plato, como si las perdices sacrificasen voluntariamente la vida á la mantención del hombre, pero negándose, con un terrible concepto de la dignidad, á servirle de diversión. Se me dijo, sin embargo, que aquí en Castilla, tal vez por más abundantes, las perdices eran menos orgullosas. Veremos. En el fondo de mi corazón, el escepticismo va amargándose un poco la esperanza.

* *

Nuestros compañeros nos esperan en la estación del Mediodía. Son dos: D. Basilio López Domínguez y D. Julio Morales. Don Basilio es un hombre que debe amar la vida por sólo sus goces. Ha cazado hombres en la guerra carlista, y ahora, para no enmohecerse en la paz, se dedica á la caza de perdices y conejos. Tal, al menos, lo que dice. Tratándose un poco mejor, acompañándole en una partida de caza,

este hombre se significa, ante todo, por la bondad: una bondad que desborda impetuosamente de su corazón, como agua de manantial inverniago. Don Basilio no ha cazado hombres nunca, ni ahora caza perdices. Es demasiado bueno para eso. Quiere únicamente que no haya tristezas en torno suyo; y como se trata de ir á cazar, habla ferozmente de sus tiros certeros. Yo he visto, sin embargo, que al soltarlos, cierra los ojos. Cuando vuelve del monte, respira satisfecho, y como libre de una tremenda angustia. Entonces canta para animar á la gente, y si se trata de bailar, sabe tañer todos los instrumentos. Cuando no hay guitarra, ni siquiera acordeón, improvisa una música con dos cucharas, que bate diestramente sobre las rodillas. Fué así como en la guerra del Norte ganó sus mejores batallas. Sano de cuerpo y de alma, hombre que supo sujetar la vida á sus nobles ambiciones, D. Basilio es como una pródiga fuente de optimismo y alegría.

Julio Morales sí que nació para cazar. Tiene diez y ocho años, y todos sus pensamientos se dirigen enteramente á la escopeta. Las veladas del invierno se las pasa haciendo cartuchos. La agonía de una perdiz ó de una liebre, en vez de enternecerle como á D. Basilio, le produce una satisfacción enorme. Los perros que le contemplan se unen á él inmediatamente, como soldados ociosos que adivinan en aquel joven, al capitán capaz de grandes triunfos...

* *

Aranjuez. Es de noche. La diligencia de Yepes va á conducirnos hasta Ciruelos. El mayoral, á pesar de hallarnos en el riñón de Castilla, no tiene nada del espíritu del Arcipreste. De su corpulencia, de la rubicundez de su rostro, aún pueden esperarse aptitudes felices. Pero, no. Este hombre absurdo no sabe cantar, ni tampoco posee palabras para las mulas... Allá va el coche, carretera adelante. Á un lado y al otro se esclarece vagamente el austero paisaje de Castilla, alumbrado por las estrellas. Para amenizar el viaje, D. Basi-

lio nos hace la merced de cantar. Por fin, la diligencia sube un repecho, y al fondo, sobre una mancha de cielo color de zafiro, en la cual se recorta la silueta de una iglesia, aparece Ciruelos. Luego comienzan á precisarse las casas blancas, las calles limpias, iluminadas con luz eléctrica. Es un pueblo castellano, de típica traza, donde pudo nacer D. Quijote y soñar con Dulcinea...

Al detenerse el coche, se adelanta á recibirnos uno de los prohombres del pueblo, en cuya casa hemos de pasar estos dos días. Para todos nosotros tiene D. Antonio Villarreal una sonrisa noblemente acogedora. Momentos después, estamos en su casa, rodeados de su familia. Alto y enjuto, como el héroe simbólico de Castilla, lleva también en los ojos toda su expresión de cordialidad. Su esposa, que tiene el castizo nombre de Vidala, nos hace recordar á la buena ama que cantó Gabriel y Galán.

El Sr. Villarreal dice:

—Señores, están ustedes en casa...

Y estas palabras, que el uso repite constantemente, sólo allí me han dado una impresión de ofrecimiento verdadero. Tan de acuerdo con todas las cosas que la Historia ha descrito al hablar de la cuna de nuestros héroes, ésta tenía, además, para nosotros, una emoción de cosa familiar.

Después de la cena, espléndida, nos retiramos á dormir, porque es forzoso levantarse temprano.

Antón del Olmet, diputado, director de un periódico y escritor ilustre, goza, por todo esto, de una habitación para él solo. Don Basilio Morales y yo dormimos en una pieza de tres camas. He ahí lo terrible. Mucho antes de que amanezca, ya Morales ha creído escuchar, dentro de la estancia, el canto ameno de la perdiz, y está levantándose y gritando:

—Arriba, señores.

Yo protesto ruidosamente. Don Basilio, por su parte, comprende que no debe protestar. Para algo es cazador. Pero también es hombre, y noto que agradece íntimamente mi actitud...

F. C.

(Continuará.)

CACERÍAS REGIAS

Se ha verificado en Santa Cruz de Mude la segunda cacería, organizada este año por los Condes de Gavia, en honor de S. M. el Rey.

Además del Soberano y del Presidente del Consejo de Ministros, eran los cazadores invitados el Infante D. Alfonso, los Duques de San Pedro de Galatino y Tarancón, los Marqueses de Viana y Nájera, D. Joaquín Santos Suárez y D. Jacinto Martos.

El primer día los cazadores se dirigieron á la encomienda de Fresnedas, y allí dieron tres ojeos: uno por la mañana, en el Guijo, sitio famoso por lo altas y rápidas que entran las perdices, y dos por la tarde, en el Solonar de los Clementes y el cerrillo de las Damas.

Se cobraron en total 995 perdices, 147 conejos y un jabalí, éste matado por el Marqués de Viana.

El segundo día, con mejor tiempo, la cacería resultó muy animada, cobrándose también numerosas piezas.

El último día de cacería continuó la animación, dándose cuatro batidas.

También resultó muy animada la cacería en el coto de El Goloso, donde se cobraron unas 20 liebres.

Con la Reina D.^a Victoria, los Infantes D. Carlos, D.^a Luisa y D.^a Beatriz, y el Príncipe D. Raniero, tomaron parte la Duquesa de Algete, la señorita de Santo Mauro, los Duques de la Unión de Cuba, Gor y Pastrana; los Marqueses de Perales, Torneros y Zarco; los Condes de Torre-Arias, Torrepalma, Lérida y Estradas, y los señores Lombillo y Cabanyes.

Recomendamos por su gran utilidad, el libro de las **Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia** en materia de caza, desde la publicación de la ley de 16 de Mayo de 1902, recopiladas por J. Box. Todos los Sres. Jueces, Abogados, Procuradores, guardas jurados, Guardia civil y cazadores deben de adquirirlo. Esta Administración los facilita al precio de 60 céntimos. Nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Caza y Pesca

LOS CAZADORES DE PROVINCIAS

D. VICENTE DE LA QUINTANA

El excelente aficionado que honra hoy con su retrato esta Revista, después de incasantes requerimientos nuestros, nos envió las adjuntas notas biográficas, que reproducimos para mayor fidelidad en la biografía:

«Nací *allá* por el año de 1880.

Y por si es necesario este detalle, diré que por dos días justos y cabales no llegué á las tostadas de Navidad.

Parece que venía al mundo con el sino de la desgracia; pues en los primeros años quedé huérfano de padres, guardando sólo un vaguísimo recuerdo de mi queridísima madre.

Estuve bajo la tutela de mis abuelos maternos, que no tenían más nietos que á mí, ni hijos que otro que permaneció soltero en Madrid.

Ya en la niñez se siente inclinación por alguna cosa. Por eso yo me inclinaba á

darle fuego á un rollo de mecha, y después, todo azorado, para que no se enterasen, intentaba apagarle metiéndole en los calderos del agua.

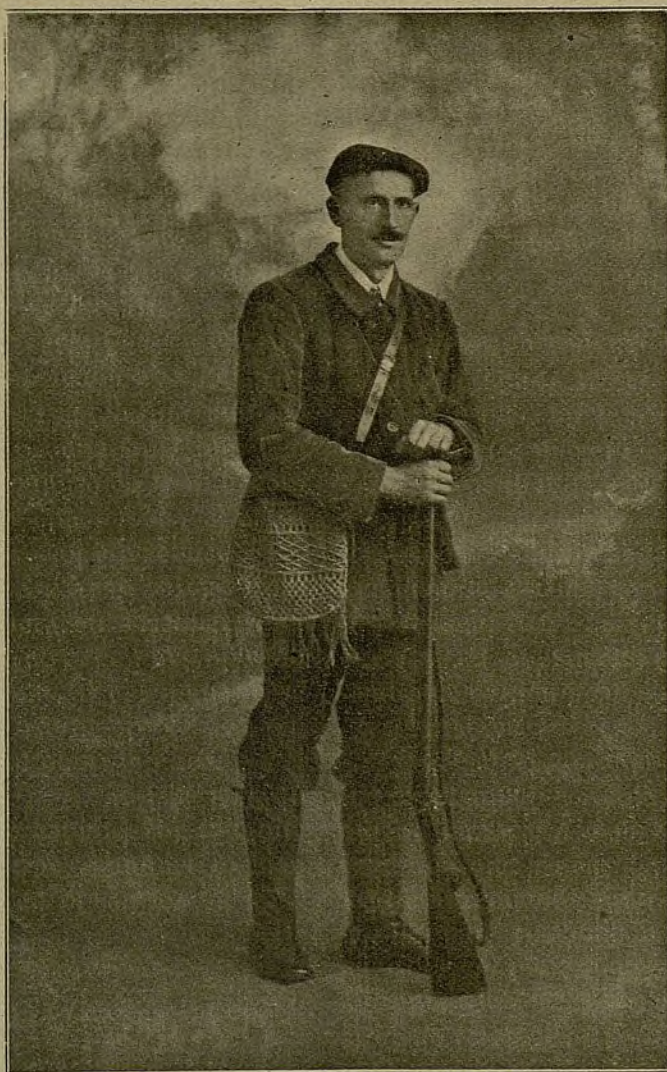
Dar fuego á un frasco de pólvora hasta que hizo explosión, y á poco quedo ciego para toda la vida.

Machacar con piedras miles de pistones de escopeta, y con martillos ú ojos de las azadas, pistones de dinamita y cápsulas de revólver.

Hacer *cachorrillos* con cartuchos de fusil de cuando la guerra carlista, atando éstos á un palo muy bien preparado que hacía curva como la culata de los revólveres.

Como la mala hierba, crecía mucho; así que á los doce ó trece años ya hombreaba, y le decía á mi abuelo que me dejase la escopeta. Él también había sido cazador, y de los mejores según él, menos el parecer de mi abuela, que decía que

mejor cazador había sido aquel tío suyo que sostenía que las codornices como estaban mejor puestas eran en cazuela de barro. Pero mi abuelo siempre me contestaba que todavía era muy joven, que ha-



bía que andar con mucho cuidado con las escopetas, porque salían tiros hasta por una caña hueca.

Un día estábamos trabajando los dos en una heredad, y como yo padecía fiebre pensando cómo podría convencerle para que me dejase salir con la escopeta, y como suele decirse que «discurre más un necesitado que cien abogados», yo salí de la heredad y me dirigí á un matorral muy espeso, y pisando la hierba simulé la cama de una liebre, y volví corriendo diciendo á mi abuelo que había visto una liebre echada.

—Vete á casa corriendo— me dijo—y trae la escopeta.

Fuí escapado y requerí la escopeta, que era de las de pistón; llevé todos los pertrechos, y nos dirigimos al matorral con gran sigilo, indicándole por señas el lugar donde estaba la liebre, y después de larga espera acabé por manifestarle que la liebre se había escapado, y le enseñé la cama.

El siguiente domingo le dije que me dejase la escopeta, para ver si había vuelto la liebre al mismo sitio, y por fin accedió y hasta me cargó el arma á ruego mío para que no me pegase culatazo. Desde entonces quedó á disposición mía.

Los primeros años cacé con un perro lebel muy bueno, cazándole muchas liebres. Después me hice con un perro perdiguero, y con esta clase de perros sigo cazando.

Á los veinte años senté mis reales como cazador en un pueblecillo al lado, y no sabía de él ni á sol ni á sombra. Cierta día tuve carta de un señor, hoy muy amigo mío, y me dijo que había comprado la caza del pueblo y que me abstuviese de ir á cazar allí para dar ejemplo y no *viniesen los bilbatinos*.

Esta prohibición me produjo una gran contrariedad, no tanto por la caza, como porque me privaba de ir á ver la novia que tenía, y que hoy es mi mujer, con la disculpa de la escopeta. Lo tomé á pecho y compré la caza de tres pueblos que lindaban con el suyo, y así no tuvo más remedio que volver á dejarme cazar.

Entiendo que las leyes deben hacerse para que se cumplan, y si no vale más no promulgarlas. Por eso soy respetuosísimo con los vedados de caza que están dentro de éstas, y detesto con toda mi alma á los cotos que no están en las condiciones del de aquel señor y de los míos.

He sido denunciado tres veces por supuestas infracciones de caza relacionadas con estas clases de vedados, y dos he sido absuelto con todos los pronunciamientos favorables, haciendo resaltar la iniquidad que se quería cometer conmigo y otros compañeros, y otra se me castigó como responsable de la hazaña de mi perro: coger una liebre en un coto fuera de la ley, dentro de cuyo coto tiene mi familia muchas fincas propias y no vendidas á nadie ni autorizados los inquilinos para que las vendan.

Quiero consignar, para expiación de mi pecado, que en mis primeros años he cazado en tiempo de veda; vergüenza me da decirlo, pero lo digo. Entonces nunca fuí denunciado; y ahora que llevo la ley dentro del corazón, se me persigue...

Pero debo hacer constar, para mi descargo, que en cuanto me di cuenta de aquellas tropelías, he respetado la veda como cosa sagrada por el mal material que se causa.

Un día, ya abierta la veda, fuimos á cazar codornices dos señores sacerdotes y yo. De pronto, se quedó mi perra de muestra; sale una codorniz muy suave, y no la tiré; lo vió uno de los sacerdotes, y me recriminó por no haber tirado. La codorniz iba con sus crías. No obstante, me dijo que no fuera tonto, que ya estaba abierta la veda, y que si no la mataba yo la mataría otro.

Al poco tiempo sentí un tiro: le había tirado el cura.

Aquella noche no dormí, acordándome del lance.

Y sigo con esta costumbre de no tirar cuando veo las codornices así, aunque sepa que otros vienen detrás y las matan.

Entiendo que en vez de cotos debían existir muchos montes del Estado que se dedicasen á grandes criaderos. Así deste-

rraríamos el *fomes peccati* que tenemos los cazadores dentro de nosotros mismos, y que se traduce en: «Cada uno para sí, y á mí lo de todos». Y pudiera implantarse en su lugar: «Lo bien repartido, bien sabe», que es más democrático.

Ya sé que esto es un sueño que nunca podrá realizarse; pero muchas veces me he dado en pensar que debían constituirse por obligación y que debían de formarse en todos los pueblos de alguna importancia, Sociedades de cazadores que estuviesen regidas bajo la tutela de una federación.

Más que por cazar, voy por pasar días de distracción; así es que no soy buen tirador, aunque ya he matado una perdiz al vuelo y á bala rasa.

Soy aficionado á toda clase de caza que aguanta la muestra.

No he cazado aves acuáticas, y tengo deseos de cazarlas. Conejos, muy pocos, desde que estando cazando en el Campillo, cerca de Madrid, se burlaron de mí haciéndome disparar veintisiete tiros para matar uno.»

* *

D. Vicente de la Quintana es un entusiasta de la afición, un buen tirador y un escritor correcto, que honra de vez en cuando las columnas de esta Revista, que hoy le rinde el merecido tributo de admiración.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

Artículo de fe... cinegética

—¡Felipe! ¿Dónde se habrá metido ese criado? ¡Felipe!...

—¿Qué quieres, papá?

—Nada, hijo. Que agregue unos troncos más á esta chimenea, no se apague el fuego.

—Yo los echaré... ¡Birr! ¿Sabes que hace un frío que pela?

—Por eso, lo mejor que puedes hacer es sentarte en ese sillón y, mano á mano con tu viejo, charlar hasta por los codos. En la calle, tú lo acabas de decir, se masca el frío, mientras en este despacho y á la vera de la campana la temperatura no puede ser más deliciosa.

—Es verdad. Después de todo, ¿dónde mejor he de pasar el tiempo?

—Aún hay un sitio mejor: el monte. ¡Oh, estos días plumizos!...

—¿Te gustan?

—Me encantan. ¡Qué de cacerías deliciosas! ¡Qué de bregar por esos cerros de Dios en busca de las bravas perdices! ¡Tú no sabes! Sólo eres un pichón de aficionado. Te agrada el *sport*, pero no hasta el extremo de sacrificarte.

—¿Y para qué hace falta?

—¿Para qué? Para ganar tiempo, á veces; para aprovecharlo, á ratos; para buscar la caza en su propia guarida; para identificarse con la Naturaleza y latir á su compás... Para ser cazador de pura sangre. Dime, pequeño, ¿tú has dormido alguna vez en las majadas, metido en un saco de pieles como los pastores y en las chozas de ellos?

—Yo, no.

—Yo, sí.

—¿Y se duerme mejor que en la cama?

—Cuando la imaginación sueña con la cacería que al amanecer se prepara, se duerme mejor.

—¡Lástima grande que el espíritu de Tartarín en su encarnación pancesca no me abandone! Te escucho y te admiro, como admiro y escucho á los exploradores polares. ¡Oh, qué maravilla de espectáculo! La sábana de nieve larguísima, interminable. Una luna muy grande, muy redonda é interminable también. Los osos polares. Las morsas. Los pingüinos, remedos humanos. ¡Qué sé yo! ¡Qué bonito y pintoresco todo! La nave aprisionada, los témpanos, la nieve que cae silenciosa... De repente, un rugido. El Doctor dispara su escopeta, su rifle... Una vaca marina se revuelca sobre la blanca alfombra. Al se-

gundo de á bordo se le hielan tres dedos. Al piloto, la nariz... ¡Oh, qué encanto! Escuchar todo esto aquí, en un despacho, al calor de la lumbre, entre copita y cigarro y entre bostezo y bostezo... Porque no me negarás tú que en tu dilatada vida de cazador habrás pasado por trances peliagudos, los que luego resultan más bellos y entretenidos.

—¿Tú qué sabes de eso, Sancho? ¿Qué, de arrostrar peligros é inclemencias del tiempo? Precisamente en eso estriba uno de los mayores encantos de la afición. ¿O es que te figuras tú que la caza consiste en el fusilamiento cómodo de las piezas que te coloquen? Es menester proceder pecho á pecho, cara á cara, dándole ventajas y dominándola á fuerza de maestría. Además, no siempre ha de hacer mal tiempo, ni es de diario acaecer peripecias terribles. También hay derecho á cazar con buen sol, buen terreno y buena casa de monte... ¡Ah, si yo poseyera la salud y los años tuyos, monigote!

—Con la salud te bastaría.

—Dices bien; que aun dentro de mi cuerpo se cobija San Eustaquio.

—Él te acompañe siempre, que de mí no se acuerda.

—¿Cómo que no se acuerda de ti?

—Mira, no hace una semana que, como sabes, salí con Víctor de excursión. Bueno. Tomamos el tren lloviendo á mares.

—No hagas caso—me dijo Víctor.—Esto pasa. Es niebla meona.

—Bueno. Y llegamos al apeadero, y tomamos unas caballerías, y me subí en una de ellas, en la más alta, en la más flaca... Y seguía lloviendo. Y la espina dorsal de mi rocín trotador, haciendo lo suyo. Y ¿falta mucho, Víctor?

—Ya falta menos.

Y pasó media hora. Y la niebla meona de Víctor, sin acabar. Hasta que... ¡Víctor, yo me apeo!

—¿Por qué, hombre?

—Porque estoy como los monos, pelado. Este caballo no deja de trotar.

—Pues es un caballo de condición.

—Sí, de condición aviesa. ¡Por vida de... cómo llevo esta parte!

—Mira, ya se ve la casa.

—¿Hay botiquín en ella?

—Sí, hombre, sí.

¡Y el cielo, llueve que llueve!

Pero como todo llega en el mundo, llegamos nosotros á la hermosa finca, cuando ya había decidido perecer á lomos de mi cabalgadura. El guarda y la guardesa, amén de un zagalón—todos amables y alabanciosos—, trabajaron lo indecible para descabalgarme, cosa que lograron al fin entre las burlas de mi compañero y el ladrar de los canes, que eran hasta en número de cuatro. Uno de ellos, *Morito*, no le olvidaré. Me tomó hinchas—como decimos en los Madriles—y por nada si da fin de mis ya desastrosas posaderas.

¡Ah, sí! El cielo, llueve que llueve.

—Esto no pasa, Víctor.

—¿No te atreves á salir á dar una mano?

—Si es de jabón...

—Parece imposible que de un padre como el tuyo haya salido una cosa como tú.

—¡Pero si llueve con más furia cada vez!

—¡Anda, cobarde!

—¿Cobarde dijiste? Ahora verás. ¡Mi escopeta, mis cartuchos!

—¡Así, así me gusta!

—Vamos á pescar, ó á cazar, y que Dios se apiade de mis huesos.

.....

¿Ustedes han oído hablar de un tal Noé y de un enorme chaparrón conocido por el Diluvio? ¿Sí? Pues eso fué un cuentagotas comparado con lo que nos cayó encima en las dos horas que nadamos por el monte. ¡Qué manera de bajar agua! Mi gorra, que era de no sé qué, encogió de tal modo, que podría hacer la competencia á las famosas caperuzas de la *Ínsula Barataria*. Convirtiéndose en capelo.

Entrábanos la lluvia por el cogote y salíanos por las polainas. ¡Una delicia!

Hasta que decidimos tornar á la casa. Allí, en traje de Adán, me tosté á la lumbre. El guarda me prestó unas ropas suyas y puse á secar las mías, mientras Víctor, sin despojarse de nada, reía á más y mejor.

—¡Ya veremos luego! ¡Ya veremos!

—¿Qué cosa vamos á ver?

—Nada, nada...

¡Mucho, mucho fué lo que vi!

Vi que las botas, con el calor, habían encogido como la gorra. Vi que no podía ponérmelas. Vi que salió el sol para ocultarse en seguida. Vi que llegaba la hora de partir. Vi que me enseñaron otra vez el caballo asesino. Vi que disponíanse á montarme descalzo. Y vi que perdí el conocimiento, y ya no vi más ni más quisiera haber visto.....

—Eso sí; aún estoy vivo, papá, como podrás darte cuenta; pero...

—Pero ¿qué?

—¡Nada! Si te parece poco...

—¡Bah, bah, bah...! Me acuerdo que entre las muchas mojaduras que he pasado en la vida sin inmutarme, figura una...

—¡Basta! No sigas. Vas á convencerme de los encantos de una ducha cinegética.

—No, hijo, no; es que cuando salgo de casa para ir al monte, procuro no dejarme nada olvidado.

—¿Pero qué es lo que he olvidado yo el otro día?

—Una cosa imprescindible en esos casos.

—¿Qué?

—La afición.

C. Morales del Acevedo.

A NUESTROS LECTORES: Se ha puesto á la venta la edición 4.^a del libro de D. Agustín Alvarez-Navarro *Legislación de caza, pesca y uso de armas.*

Los que deseen adquirir tan notable libro deben de apresurarse en hacer el pedido, porque nos comunica su autor que esta edición es de bastantes menos ejemplares que las anteriores. Véanse detalles en la sección correspondiente.

Cazando la perdiz

Cuando empieza el espléndido preludio del arrítmico canto de las aves, despidiendo en vibrantes melodías los fríos invernales.

Cuando el Sol ascendiendo en el espacio rasga las densas gasas de la niebla y á su tibio calor se van licuando las nieves en la sierra.

Cuando se inician tonos de esmeralda en la alfombra del valle y del otero y retoñan los tallos de la jara y da flor el almendro.

Cuando ya, en fin, la pródiga Natura traspone del invierno los rigores, es cuando entran en celo las perdices pareándose en el monte.

Los machos entonando sus canciones entablan en el bando cruda guerra; ya no quieren vivir así, en familia, y escogen compañera.

Únense, pues, los machos con las hembras, y cada par elige su terreno para confeccionar sus amoríos en la época del celo.

Entonces, al nacer el nuevo día y cuando por Oriente el Sol asoma, y al declinar la tarde, el macho canta de amor su dulce trova.

Y va en pos de su hembra idolatrada cantando de *cañón* gallardo y fiero, mimándola con *besos* y *piñones* y dulce *curicheo*.

Noble, rendido y fiel, jamás pretende enamorar más hembras que la suya; mas ¡ay del macho extraño que intentara robarle su coyunda!

Por eso cuando un pájaro-reclamo desde la jaula entona sus endechas brindando amor adúltero, amor libre, al... que acuden las hembras, los machos que tal oyen, presurosos acérpanse al rival con furia fiera, dando de *pie* y con el ala á rastra prestos á la pelea.

Desde entonces comiézase el período más bello, máspreciado, más excelso que es dado disfrutar (pese á quien pese) al cazador de *puesto*.

Escondido en el *tollo*, bien tapado, con el ojo avizor en la *tronera*, esperando el momento en que *los pares* entren en la *plazuela*;

Oyendo embelesado el dulce canto del reclamo que está en el *repostero* dando *pitás*, de *pie* y haciendo el *águila*, portentoso y soberbio;

Escuchando á lo lejos las perdices que contestan á cada vez más cerca con su *carra-ca-cha*, como diciendo «allá vamos, espera»;

Viendo á poco que *el par* entra en la plaza, coquetona la hembra, el macho altivo, y al reclamo meloso, *alcachofado*, recibiendo bajito;

Esperando el momento venturoso que subyuga, electriza y sugestiona, en que el macho se cruce con la hembra para hacer *carambola*,

Y apuntando, por fin, con la escopeta, logrando al disparar cubrir el punto y que se mate el par, y que el reclamo, *sin cortar, quede al humo*,

Es momento de goce tan enorme,
de emoción tan intensa y placentera,
que hace olvidar en absoluto todos
los goces de la tierra.

Matar, en puesto, así, seis ú ocho piezas,
es el colmo de todos los placeres,
el deleite de todos los sentidos,
es dicha que enloquece.

Pero... esa dicha trócase en espanto
si en vez de una pareja de perdices
ve el cazador que le *entra en plaza* una
pareja... de civiles.

DR. CORRAL Y MAIRÁ

Linares, Diciembre 1915.

PERDICES PARA REPOBLAR

La Administración de esta Revista tiene mucho gusto en transmitir los pedidos de las Sociedades y particulares que deseen perdices para repoblar; pero con objeto de no perder tiempo dado lo avanzado de la temporada, advierte que el precio de la pareja son 4 pesetas, siendo de cuenta del comprador los gastos de envases, porte de ferrocarril y aviso telegráfico, y que los proveedores exigen el pago de la mercancía al entregarla en la estación, y dicen, que aun cuando los envíos van siempre debidamente acondicionados, no responden de las bajas que pudiese haber en el trayecto.

Como por lo regular se ignora los gastos que pueda ocasionar la remesa, pueden enviar fondos, calculando de 2 á 4 reales de gastos por pareja, encargándose esta Administración de devolver el sobrante, si lo hubiere.

El Rey en el coto de Oñana

Para mayor fidelidad en el relato de la última cacería regia verificada en el coto de *Doñana*, de *Oñana* ó *Doña Ana*, reproducimos esta admirable crónica del notabilísimo cazador y portentoso tirador D. Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias, invitado á la regia cacería y en la que tomó parte muy activa:

«El coto de *Oñana* (ó de *Doña Ana* de Silva, creo que así se llamó una antigua propietaria del coto) es algo que bulle en la mente y el ensueño de la mayor parte de los cazadores de España, hayan ó no visitado aquellas luengas y misteriosas tierras que en el extremo meridional de España, con sus arenales, sus lagos y sus bosques, parecen haber compendiado la fauna y el clima de ambos mundos.

Es algo que el Rey de España tenía que

conocer por su afición á la Naturaleza, signo de virilidad, primero, y por su deber como Rey de España, después. Y pongo lo uno antes que lo otro, porque si el amor á la Naturaleza es lo primero que debe cautivarnos para ser hombres, el velar por la Naturaleza patria es lo primero que debe preocuparnos para ser políticos.

Y tanto es así, que hace nueve años creo que S. M. Don Alfonso XIII conoce y visita periódicamente el coto de Oñana, si cansando su cuerpo en incesante galopar por bosques y arenales, reconfortándolo espléndidamente con el regio trato que otorga á sus huéspedes el archisimpático Duque de Denia y de Tarifa, feliz mortal propietario del coto.

Porque el coto de Doña Ana, que es el vedado de caza más completo de España y hasta me atrevería decir que del mundo, es el verdadero paraíso de los cazadores.

Y á él nos dirigimos, en día espléndido, desde Sevilla, embarcando al pie de la Torre del Oro—que no encerraba tanto como el de la fantasía de los expedicionarios—S. M. el Rey, S. A. el Infante D. Alfonso, el Duque de Tarifa (la Duquesa, con las autoridades y el pueblo, despedía á Su Majestad en el embarcadero), el Marqués de Viana, el de la Mina, el Duque de Arión, el General La Barrera, D. Patricio y D. Luis Medina Garvey, hermanos de la Duquesa, y el que esto escribe.

El hermoso yate del Duque de Tarifa, llamado *Stephanotis* (nombre de una planta, y no de un filósofo griego como humorísticamente decía uno de los expedicionarios, al que advirtió cariñosamente S. M.: «¡No seas bruto!»), surcaba majestuosamente las aguas del Guadalquivir entre los clamores de la multitud y los sombreros y pañuelos que se agitaban.

San Juan de Alfarache, al pie del río, evocaba recuerdos de *Don Alvaro* ó *la fuerza del sino*, que inmortalizó el gran Duque de Rivas:

«En San Juan de Alfarache preparado todo con gran secreto lo he dejado:
el sacerdote en el altar espera,
¡Dios nos bendecirá desde su esfera!»

¡Sevilla!, ¡Guadalquivir!... y la Giralda, ya diminuta, perdiéndose en el horizonte, detrás de la corta de Tablada. El río se ensanchaba y se ensanchaba cada vez más, y yo, dentro de mi Patria, me encontraba transportado á otro mundo, pues me creía en América del Norte navegando por el Hudson, ó en América del Sur haciéndolo por el Paraná, y encontraba más hermoso el Guadalquivir, y hasta más grande, si cabe; grande con la grandeza natural, y grande con los recuerdos de la Historia: que del Guadalquivir salieron las cinco naos que llevaron á Magallanes á descubrir el Estrecho de su nombre y á remontar el Pacífico, uniendo los dos Océanos y poniendo en comunicación á Europa con Oceanía por América, y del Guadalquivir salió la nao *Victoria*, que con Juan Sebastián Elcano fué la primera que dió la vuelta al mundo.

Por eso, al desembarcar en el coto de Oñana, donde los pinos, por la forma, semejan palmeras, no sabía en realidad dónde estaba. El sol doblaba en el horizonte, y la música nos recibía en un desembarcadero artístico, ornado de guirnaldas y repleto de luces. ¡Qué ideal, fantástico y encantador resultaba aquello!

¡Qué sencillez y qué elegancia (no hay elegancia como la de la sencillez) la de la morada campestre del coto de Doña Ana! ¡Qué confort el de aquel salón, en que Su Majestad recibía al minuto los partes de lo que iba aconteciendo por el mundo! ¡Qué felicidad la de aquel comedor sencillo, de aquella mesa de los diez, cuajada de claveles, llena de luz, donde brillaba la plata sobre maderas sin barnizar, el arte supremo del jefe que se admiraba, aunque no se veía, y, sobre todo, la conversación del Monarca, instruyendo y deleitando á todos, ora con lo portentoso de su memoria y conocimientos enciclopédicos, que empequeñecen al que los escucha, ora con la gracia y el aticismo de su ingenio, que si es benévolo en demasía casi siempre, resulta á veces latigazo con ampolla sobre el que lo recibe!

Salimos muy de mañana, con el escuadrón formado de los guardas del coto á la

cabeza, S. M. y S. A. delante, todos á caballo. Y no sé lo que tienen aquellos animales ó aquellas tierras: el de S. M. es el primero que se encabrita, salta y se pone á galope, y todos los demás, como movidos por un resorte, hacen lo mismo. Se descompone el cuadro, y no hay mata, zanja, árbol, duna, hoyo ó espeso que detenga á los briosos corceles. El caballo del Rey lleva la delantera, y el Monarca, volviendo la cabeza, me grita:

«¡Hurra!, cosacos del desierto, ¡hurra!
¡Suelta la rienda, á combatir volad!...»

Y yo, viendo saltar y galopar el caballo de S. M., pensaba con Zorrilla:

«Lanzóse el fiero bruto con impetu salvaje,
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje,
á costa de la vida de su jinete Real.»

Quando ladeábamos el cuerpo para evitar el abofeteamiento de las ramas de los árboles, se echaba el caballo al lado opuesto para salvar una mata de lentisco, y cuando lo adelantábamos para pasarlo debajo de las ramas, aparecía la sima de una duna en que se enterraban las patas delanteras del caballo. Aquello era la vida intensa, y sólo pudo detener á los corceles en su carrera la Marisma, terreno bajo y pantanoso que se inunda con las aguas del mar.

Millares y millares de patos ennegrecían la superficie de las aguas; otros volaban en bandadas en todas direcciones, de varias formas y tamaños, desde el apelotonado de las cercetas vertiginosas y el de las barras de azulones, hasta el triangular de los ánsares, las garzas y las grullas. De los carrizos y espadañas de la orilla salían volando los ánades, sorprendidos por la cabalgata, así como de los juncales las agachadizas veloces; y allá, á lo lejos, casi confundiéndose con el horizonte, una línea rosa se percibía entre la verde de la copa de los pinos y la oscura de los patos que ennegrecían las aguas de la Marisma: eran los flamencos, que nos traían recuerdos del Nilo, y entre los cuales se hallaría acaso el Ibis sagrado que veneraban los egipcios.

Nosladeamos á la izquierda en busca de los bosques donde estaban las reses: los ciervos, los jabalíes y los gamos, y allí, en la marisma seca, millares de ánsares ó gansos salvajes se levantaban ó permanecían al pie de las lagunas, si la distancia era grande. Una banda se confió demasiado, y entonces S. M. se apeó del caballo, cogió el rifle, le puso el telescopio y apuntó al primero de la banda, á la izquierda. Cuando disparó se levantaron todos; pero uno se separó, y fué bajando, bajando, hasta tomar tierra. Puse el caballo á galope, me metí por la laguna, cuyas aguas no sobrepasaban á los juncos, y cobré el magnífico ánsar, atravesado de parte á parte por el balazo, pero vivo. ¡Qué animales tan duros!

Al disparo, millares de aves cruzaron el firmamento, y allá, á lo lejos, unos animales raros corrían. ¡Eran los camellos salvajes!... Otro día, por encima de las matas, percibimos correr líneas blancas: eran cabeza y cuello de avestruces.

En el ojeo de las reses tuve la suerte de cobrar tres ciervos en un puesto; pero Su Majestad cobró cinco jabalíes en otro, todos los que le entraron, y uno de ellos á todo meter por entre los árboles y á unos 150 metros de distancia.

Por cierto que en un ojeo llevé un susto regular, y no por mí, sino por los compatriotas.

Estaba al lado de S. M. en el puesto contiguo al suyo, y los perros traían las reses. Venían latiendo á todo latir en dirección á nosotros, y yo todo me volvía oídos, ojos, inmovilidad, emoción, silencio, sobre todo, silencio. Y en esto oí carcajadas en el puesto de S. M. «¡Qué inoportunas!», me dije hasta con rabia, y lo fueron tanto, que la caza se dirigió á otros puestos, donde sonaron disparos. Pero S. M. continuaba riendo. Salí de mi puesto, y vi al Señor agitando los brazos... Una idea fúnebre cruzó mi mente: «¡El Rey de España se había vuelto loco!...» ¡Loco, sí; pero leyendo á *Don Quijote*!!! Comprendí, me callé, y recordé que el primer loco, *El loco de la guardilla*, había sido Cervantes.

Total de la cacería, los dos días y medio

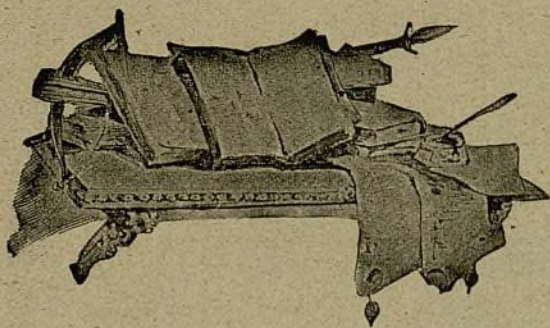
que duró (15, 16 y 17 de Diciembre): 18 ciervos, ocho jabalíes, cuatro gamos, dos zorros, un gato montés y un ánsar, de lo que correspondió á S. M. dos ciervos, cinco jabalíes, un gamo, un zorro y un ánsar.

El coto de Doñana tiene de 35 á 40 kilómetros de largo por unos 15 de ancho.

¡Que sea enhorabuena, Sr. Duque!»

PEDRO PIDAL

Madrid 19 de Diciembre de 1915.



BIBLIOTECA DE CAZA Y PESCA

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Alvarez Navarro. Cuarta edición.

De venta en la Administración de esta Revista. Precio 1,50 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Recuerdos de montería.—Notabilísimo folleto de D. Diego Muñoz Cobo. Nuestros lectores pueden hacer los pedidos á la Administración de esta Revista; precio *una* peseta. Los de provincias enviarán 30 céntimos para franqueo y certificado.

Notas de caza; notable libro, cuyo autor es el entusiasta aficionado D. Francisco Bru.

Por lo interesante, ameno é instructivo debe figurar en la biblioteca de todos nuestros lectores.

La Administración de esta Revista los facilita al precio de 2 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.



Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6.